

canzaremos misericordia y favor en todas nuestras necesidades (1).”

Del bienaventurado San Bernardo se lee en su historia, que en una enfermedad grave que tuvo, se arrobó, y estando como en éxtasis le pareció que le llevaban delante del Tribunal de Dios, y que el demonio le acusaba allí, y le hacia sus cargos, diciendo que no era merecedor de la gloria. Respondió el Santo: «yo confieso que no soy digno de la gloria eterna; mas á mi Señor Jesucristo se le debe, y posee el cielo por dos títulos; lo uno, por ser Unigénito del Eterno Padre, y heredero del reino celestial; y lo otro, por haberle comprado con su sangre, obedeciendo á su Padre hasta la muerte: él se contenta con el primero de estos dos títulos, y este solo le basta; y del segundo me hace á mí donacion, y en virtud de ella tengo yo derecho al cielo; y así en eso tengo confianza.» Con esto quedó el perverso acusador confuso, y aquella forma de juicio y tribunal desapareció, y el Santo volvió en sí. Pues en eso habemos de confiar nosotros, y esta ha de ser toda nuestra esperanza. Jacob, vestido de las vestiduras de su hermano mayor, alcanzó la bendicion de sus padres: vistámonos nosotros de Jesucristo, nuestro hermano mayor; cubrámonos con las pieles de este Cordero sin mancilla; valgámonos de sus méritos y Pasion, y de esta manera alcanzaremos la bendicion del Padre Eterno.

Cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor.

El bienaventurado San Agustin dice:

(1) Habentes ergo Pontificem magnum qui penetravit coelo Jesum Filium Dei. Adeamus cum fiducia ad tronum gratiae ejus, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. *Ad Hebr. IV, 14 et 16.*

«No hay cosa que tan saludable y provechosa nos sea como pensar y considerar cada dia lo que padeció por nosotros el Hijo de Dios (1).» Y San Bernardo dice: «No hay cosa tan eficaz para curar las llagas de nuestra conciencia y purgar y perfeccionar nuestra alma, como la frecuente y continua meditacion de las llagas de Cristo y de su Muerte y Pasion (2).» Y para todas las tentaciones, y especialmente contra las deshonestas, dicen los Santos que es singularísimo remedio el acogernos á pensar en la Pasion de Cristo y escondernos en sus Llagas. Finalmente, para todo hallaremos remedio y ayuda en la Pasion de Cristo. Dice San Agustin: «En ninguna cosa hallé tan eficaz remedio como en esto (3).» Y San Buenaventura dice: «El que se ejercita con devocion en la Vida y Pasion Santísima del Señor, allí halla abundantemente todo lo que ha menester, y fuera de Jesus no hay que buscar (4).» Y así vemos que los santos y siervos de Dios han usado muy continuamente este ejercicio; y por este medio vinieron á alcanzar grande santidad y perfeccion.

Aunque no hubiese en este ejercicio otra cosa, sino acordarnos de Dios y traer á la memoria los beneficios que de su mano habemos recibido, y estar pensando en ellos, seria de mucha estima y valor delante del Señor. Porque condicion es del amor hacer al que ama, que desee y estime en mucho que la persona en quien tiene puesto su

(1) Nihil tam salutiferum nobis est, quam quotidie cogitare quanta pro nobis pertulit Deus, et homo. *August. serm. 32 ad fratres in eremo.*

(2) Quid enim tam efficacis ad curanda conscientiae vulnera, nec non ad purgandam mentis aciem, quam Christi vulnerum sedula meditatio? *Bernard. serm. 62 super Cantica.*

(3) In omnibus non inveni tam efficacis remedium quam vulnera Christi. *Aug. in manuali, c. 32.*

(4) Qui se intente, et devote in sanctissima vita, et Passione Domini exercet, omnia utilia, et necessaria sibi abundanter ibi invenit, nec opus est, ut extra Jesum aliquid quaerat. *Bonav. Collat. 7.*

amor se acuerde mucho de él y piense muy á menudo en las buenas obras que de él ha recibido, y que muchas veces trate y hable de estas cosas; y el que de veras ama, se agrada y gusta de esto, mucho mas que si la persona amada le enviase muchos presentes y dones de su hacienda. Lo cual vemos en una madre, señora principal y rica, que ama mucho á su hijo ausente; que si le dicen que el hijo se acuerda y trata mucho de ella, y que siempre le hallan hablando de los regalos con que le criaba, y de los beneficios y buenas obras que siempre le ha hecho, y de los trabajos que por él ha padecido, mas lo aprecia, y mas contento y gusto recibe en oír esto de su hijo, que si le enviase muchas piezas de seda y joyas de oro, sin tener tal memoria de ella. Pues de la misma manera, Dios nuestro Señor, que en todas las demas cosas guardó las propiedades y leyes del amor, tambien las guarda en esto, que es propiedad de los que mucho aman; y así desea y estima en mucho que siempre nos acordemos de él, y pensemos en él y en los beneficios y maravillas que por nosotros ha obrado. Especialmente, que si nos ejercitamos en la memoria de estos beneficios, no se pasará mucho tiempo sin que se despierte en nosotros el deseo de servir de veras al Señor por ellos.

Blosio refiere (1) de la santa virgen Gertrudis, que entendió del Señor que cuantas veces uno mira con devocion la imagen de Cristo Crucificado, tantas es mirado amorosamente de la benignísima misericordia de Dios. Pues saquemos siquiera de aqui, que pues á él no se le hizo de mal el padecer por nuestro amor, que no se nos haga á nosotros de mal el acordarnos de lo que padeció por nosotros. De San Francisco

(1) Blos. cap. 2 monil. spir.

se cuenta (1) que una vez andando él junto á nuestra Señora de la Porciúncula, llorando y lamentándose en altas voces, acertó á pasar por allí un hombre honrado, siervo de Dios, que le conocia; el cual, viendo a Santo tan triste y lloroso, pensando haberle sucedido alguna desgracia y trabajo, se llegó á él y le preguntó qué tenia ó qué le daba pena. Respondió el Santo con muchas lágrimas y sollozos: «Duélome mucho y lloro por los grandes tormentos y penas que dieron á mi Señor Jesucristo, tan sin culpa, y de ver cuán olvidados estamos los hombres de tan sumo beneficio, habiendo nosotros sido la causa de su Pasion.»

CAPITULO III.

Del modo que habemos de tener en meditar la Pasion de Cristo Nuestro Redentor, y del afecto de compasion que habemos de sacar de ella.

El modo que habemos de tener en la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor es el que los maestros de la vida espiritual enseñan comunmente que habemos de tener en la oracion. En el cual advierten que no se nos ha de ir todo en meditar y discurrir por la historia, sino que lo principal ha de ser mover nuestra voluntad con afectos y deseos, los cuales se forman primero en el corazon, para que despues á su tiempo salgan en obra, y eso ha de ser en lo que habemos de insistir y detenernos mas en la oracion. Así como el que cava y ahonda para sacar agua y para descubrir algun tesoro, en topando con lo que busca pára y no da mas azadonada, así en descubriendo con la meditacion y consideracion del entendimiento el oro y tesoro de la verdad y afecto que buscáis, en topan-

(1) Part. VI, lib. 1, cap. 86 de la Crónica de San Francisco.

do con el agua viva de que está deseosa y sedienta vuestra ánima, no habeis de cavar ni ahondar más con el entendimiento, sino deteneros en esos afectos y deseos de la voluntad hasta hartaros de esa agua, y matar vuestra sed, y quedar satisfecho; porque ese es el fin que se pretendé en la oracion, y el fruto que habemos de sacar de ella, y á eso se han de ordenar y enderezar todas las meditaciones y consideraciones y discursos del entendimiento. Pues este mismo modo habemos de guardar en la meditacion de la Pasión de Cristo nuestro Redentor. Y asi iremos diciéndolo los afectos que habemos de sacar de esta meditacion y en que habemos de insistir, apuntando juntamente algunas consideraciones que nos despierten á ellos.

Muchos son los afectos en que podemos aqui ocuparnos y detenernos con mucho fruto; pero comúnmente los reducen, los que tratan de esto, á siete géneros ó maneras de afectos. El primero es, compasion. Compadecerse uno de otro, es recibir pena de su pena y dolor de su dolor, acompañándole en sus trabajos con sentimiento y lágrimas de corazon, con lo cual parece que se reparte el trabajo y dolor, y con el que yo tomo compadeciéndome, queda el otro mas aliviado y con menor dolor y afliccion; como por el contrario, cuando uno muestra holgarse de su mal y trabajo, y se rie y hace burla de él, hace que su trabajo y dolor sea mayor y que lo sienta mas. Y aunque es verdad que no podemos nosotros de esta manera hacer que los dolores y trabajos de Cristo le sean mas ligeros, porque ya son pasados; pero con todo eso, le es á él muy agradable esta nuestra compasion, porque por ella en cierta manera hacemos nuestros sus dolores y trabajos. Y asi dice el Apóstol San Pablo; "Si tomamos y traspasamos en nosotros los dolores de Cristo, compadeciéndonos de ellos, se-

remos herederos de la gloria juntamente con él (1)."

Para despertar en nosotros este afecto de compasion, nos ayudará considerar la grandeza de los dolores, penas y tormentos que Cristo nuestro Redentor padeció; porque, como dicen los teólogos y los Santos, fueron los mayores que se han padecido y se pueden padecer en esta vida; conforme á aquello del Profeta Jeremias: "¡Oh vosotros, los que pasais por el camino, atended y considerad si hay otro dolor como el mio (2)!" Lo primero, en su cuerpo no hubo parte que no padeciese gravísimos dolores y tormentos. "Desde la planta del pie, hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él cosa sana (3)," dice Isaias. Los pies y las manos, enclavadas; la cabeza, traspasada con la corona de espinas; el rostro, afeado con salivas y herido con bofetadas: todo el cuerpo, acardenalado con azotes y descuyuntado con el tormento de la cruz, habiéndole contado todos sus huesos á tormentos (4).

Y no solamente fué su dolor en el cuerpo, sino tambien en el ánima; porque, aunque la naturaleza humana estaba unida con la Persona Divina, empero asi sintió la acerbidad de su Pasión, como si no hubiera aquella union. Añádese á esto, que para que este dolor fuese mayor, quiso él carecer de todo consuelo. Y eso es lo que dijo estando en la cruz: "Dios mio, Dios mio; ¿por qué me desamparas (5)?" Los santos mártires en sus tormentos eran recreados

(1) Si autem filii, et haeredes, haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi; si tamen compatimur, ut et conglorificemur. *Ad Rom.* VIII, 17.

(2) O vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor similis, sicut dolor meus. *Tren.* I, 12.

(3) A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas. *Isaias*, I, 6.

(4) Dinumeraverunt omnia ossa mea. *Ps.* XXI, 12.

(5) Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? *Matth.* XXVII, 46.

con un consuelo celestial y divino que les hacia sufrirlos, no solo con ánimo, sino con alegría; y Cristo nuestro Redentor, para padecer mas por nuestro amor, cerró las puertas por todas partes á todo género de alivio y consolacion, asi del cielo como de la tierra, cuanto á la porcion inferior; y asi fué desamparado, no solo de sus amigos y discipulos, sino tambien de su propio Padre. "Fuí hecho, dice por David (1), como hombre sin favor y ayuda," siendo yo solo el que entre los muertos estaba libre del pecado y de merecer muerte y pena.

Basta para entender la grandeza de los dolores de Cristo que, solo de imaginarlos y pensar en ellos, sudó en el Huerto sudor de sangre, con tanta copia y abundancia, que corria en tierra: pues ¿qué seria padecerlos, si solo el pensarlos causó tanta pena y agonía en él? Finalmente, fueron tales y tan rigurosos sus trabajos y dolores, que dicen los Santos que ninguno pudiera vivir con ellos sin milagro que le conservase la vida, y asi fué necesario valerse Cristo de su divinidad para no morir en ellos. Pero lo que la divinidad alli obraba, no era no sentir los trabajos, sino que el excesivo dolor y sentimiento no le acabase la vida, para asi poder padecer mas. Donde podemos tambien considerar y ponderar la misericordia y liberalidad del Señor, que para que los santos mártires no sintiesen los tormentos hacia milagros, y en sí los hace para padecer y sentirlos mas por nuestro amor.

Fuera de estos dolores exteriores que, atormentando su cuerpo, atormentaban juntamente su ánima, como habemos dicho, tuvo Cristo nuestro Redentor otros dolores interiores que inmediatamente atormentaban su ánima santísima, que fueron mucho

(1) Factus sum sicut homo sine adiutorio inter mortuos liber. *Ps.* LXXXV, 5.

mayores que esotros; porque desde el instante de su concepcion, hasta el punto en que murió, tuvo siempre presentes todos los pecados de los hombres hechos desde el principio del mundo y todos los que se habian de hacer hasta el fin de él; y como por una parte amaba tanto á Dios y veia que eran injurias y ofensas suyas, y por otra parte amaba tanto las almas, y veia que eran daño y perdicion de ellas, y que con ofrecer él su Pasión y Muerte para su remedio, con todo eso, tanta infinidad de almas no se habian de querer aprovechar de ella, sino que habian de querer mas la muerte que la vida, érale esto una espada de dos filos que le heria por ambas partes; la una, por la ofensa de Dios; y la otra, por el daño y condenacion de las almas. Y asi no se pueden decir ni pensar los dolores incomparables que de esto recibia aquella ánima santísima. Pues todo esto, junto con los tormentos, dolores y afrentas que representándosele en la oracion del Huerto le hicieron sudar sangre en tanta abundancia que corria en tierra, y todo lo demas, que en su vida santísima padeció, tuvo siempre delante de sus ojos, desde el instante de su concepcion hasta que espiró en la cruz, conforme á aquello del Profeta: "Mi dolor lo tengo siempre delante (1)." De donde podemos entender que toda su vida fué como el dia de su Pasión; y aun algunas veces suele dar mas pena y tormento el estar esperando la adversidad y trabajo que el padecerlo. De manera, que toda su vida fué un mar de inmensos dolores que, sin cesar de noche y de dia, sin medida atormentaban aquella alma santísima.

Pues quien por menudo considerare y ponderare todas estas cosas, y que el que las padece es el mismo Hijo de Dios, y que

(1) Et dolor meus in conspectu meo semper. *Ps.* XXXVII, 18.

las padece por nosotros y por puro amor nuestro, corazon mas que de piedra ha de tener si no se mueve á compasion. Y así dice San Bernado: «pues la tierra tiembla, y las piedras se quiebran, y los monumentos se abren, y el velo del Templo se rompe, y el sol y la luna se oscurecen, razon será que nosotros nos compadezcamos de lo que el Señor padeció por nosotros (1).» No es razon que seámos mas duros que las piedras y mas insensibles que las criaturas irracionales: pártasen el corazon de dolor, rómpansen las entrañas. «Hijo mio Absalon, Absalon hijo mio, ¿quién me diese que yo muriese por tí (2).» Si esto decía el rey David, sintiendo la muerte del hijo que murió por perseguirle y quitarle el reino, ¿cuánto mayor razon será que lo digamos nosotros, sintiendo la muerte del Hijo de Dios, que murió por librarnos del cautiverio del demonio y darnos el reino de su Padre Eterno?

CAPITULO IV.

Del afecto del dolor y contricion de nuestros pecados, que habemos de sacar de la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Señor.

El segundo afecto en que nos habemos de ejercitar y procurar sacar de la meditacion de la Pasion del Señor, es dolor y contricion de nuestros pecados. Este es uno de los frutos mas propios que podemos sacar de ella, por descúbrirnos en ella tanto la gravedad y malicia del pecado: la consideracion del remedio nos ha de abrir los ojos y hacer que echemos de ver la gravedad de la enfermedad. Dice San Bernardo: «¡Oh

(1) Bernard. serm. feriae 4 Hebdomadae Sanctae. Math. XXVII, 45 et 51.

(2) Fili mi, Absalon, Absalon, fili mi, quis mihi tribuat, ut ego moriar pro te? Absalon; fili mi, fili mi, Absalon. II. Reg. XVIII, 33.

hombre, conoce y entiende cuán grande es la llaga que tuvo necesidad de tan costosa medicina (1)!» No hay cosa que tanto declare la gravedad del pecado, aunque entre en ello el infierno que se le debe para siempre jamás, como es que es tan grande mal el pecado que fué menester que Dios se hiciese hombre para pagar esta deuda; porque de otra manera no se pudiera pagar ni satisfacer de todo rigor de justicia, y quedara menoscabada la justicia de Dios. Porque la ofensa habia sido en cierta manera infinita, porque habia sido contra Dios infinito, y así hombre puro no podia satisfacer por ella, por la distancia grande que hay entre Dios y hombre puro; era menester que el que satisfaciese fuese persona de infinita dignidad, igual al injuriado y ofendido, y tan bueno como él. Declaran esto los teólogos con un ejemplo: Da un pastor ó labrador, hombre comun y bajo, de palos, ó un bofetón a rey; claro está que no quedará el rey satisfecho con hacer dar de palos ú otro bofetón á aquel, ni aunque le haga dar doscientos azotes; ni aunque le ahorquen; porque hay mucha distancia de él al rey; ¿qué tiene que ver bofetón é injuria del rey, con bofetón ó muerte de un pastor? Pues ¿cómo se podría satisfacer aquel rey? ¿Sabeis cómo? Si aquel fuera, ó le hicieran rey tan grande como él, y entonces le ofreciera satisfaccion igual, con eso quedara satisfecho. Pues así es acá; habia el hombre vil, y bajo, y apocado, polvo y ceniza, ofendido é injuriado al rey del cielo y de la gloria; habia, como si dijésemos, dado un bofetón á Dios; porque eso hace uno, cuanto es de su parte, cuando hace un pecado mortal: aunque muera este hombre vil y bajo, no quedará satisfecha la injuria. Pues ¿có-

(1) Agnosce, o homo, quam gravia sunt vulnera, pro quibus necesse est Dominum Christum vulnerari. Bernard. serm. 3 de Nativitate.

mo se satisfará? Si ese hombre fuera Dios, igual con el injuriado; padeciendo ese hombre, quedará satisfecha la injuria. Pues ¿qué remedio, que no hay otro Dios, porque no hay mas que un solo Dios verdadero? Esa fué la misericordia infinita de Dios, y la invencion y artificio maravilloso que halló para poder perdonar al hombre sin menoscabo de su justicia: que habiendo sido él el ofendido, y no habiendo otro Dios que pudiese satisfacer, se hizo Dios hombre para que padeciese y muriese el hombre, pues el hombre habia ofendido é injuriado á Dios; y para que el padecer sea de infinito valor, pues la ofensa y culpa habia sido en cierta manera infinita, sea el que padece tambien Dios, cuyas obras son de valor infinito, porque son obras de Dios infinito. Esta fué la necesidad de la Pasion de Cristo que declara bien la gravedad y malicia del pecado. Y así dice San Juan Damasceno (1) que si por el pecado echara Dios en el infierno, para siempre jamás, á todos cuantos hombres ha tenido el mundo y tendrá hasta que se acabe, no quedara tan satisfecha, ni tan pagada la justicia divina, como encarnando Dios y muriendo. Y no es esta hipérbole, ó exageracion, sino una verdad muy llana; porque todo el infierno y sus tormentos perdurables no es paga igual á la Vida y Muerte de Cristo; con la cual, como era Dios el que pagaba, se hizo á la justicia entera satisfaccion de todo lo que se debia, y aún mas; pero en el infierno jamás se acaba de pagar un solo pecado.

Pues conforme á esto, digo que uno de los principales frutos que habemos de sacar de la meditacion de la Pasion, ha de ser llorar y aborrecer mucho nuestros pecados que tanto costaron á Jesucristo. Esas espinas y azotes, Señor, mis pecados los

(1) Joann. Damascenus, lib. 1, cap. 5.

causaron; yo, Señor, os puse en esos trabajos (1). Esa cruz, Señor, yo la merecia; yo soy el que habia de ser escupido, azotado y escarnecido.

San Bernardo pone una consideracion muy buena á este propósito (2). Estábame yo jugando en la plaza con mis compañeros, y allá en la recámara Real se estaba dando sentencia de muerte contra mí; oyó esto el Hijo único del Rey, quitase la corona de la cabeza, y desnúdase de sus vestiduras Reales, y sale vestido de un saco, cubierta la cabeza de ceniza, y los pies descalzos, llorando y lamentando porque habian condenado á muerte á su siervo; véole salir súbitamente de esta manera, quedé atónito de la novedad, pregunté la causa, oigo decir que va á morir por mí. ¿Qué será bien que haga en este caso? ¿Quién será tan loco, ó tan descomedido, que se vuelva al juego, no vaya siquiera acompañándole y llorando juntamente con él? Pues de esta manera, con estas y otras semejantes consideraciones nos habemos de detener en la oracion, llorando y doliéndonos de nuestros pecados, que fueron causa de la Pasion de Cristo. Y así nuestro Padre, en los ejercicios de la Pasion (3), pone esto por peticion: «Dolor, sentimiento y confusion; porque por mis pecados padeció tanto el Señor.» Y la peticion que nuestro Padre pone en los ejercicios por preámbulo, siempre es lo que quiere que procuremos sacar de ellos.

Este ejercicio es muy encomendado de los Santos; y es razon que no nos olvidemos de él, sino que le usemos y ejercitemos mucho, así los que comienzan como

(1) Ego sum, qui peccavi, ego inique egi; vertatur, obsecro, manus tua contra me. Reg. XXIV, 17.—Tolle te me, et mitte in mare, scio enim ego, quoniam propter me tempestas haec grandis vocat. Jon. I, 12.

(2) Bern. serm. 3 de Nativitate Domini.

(3) S. P. N. Ignatius, lib. Exercit. spiritualium.

los que van adelante, porque hay grandes provechos en él. Lo primero, es un ejercicio con que se conserva uno mucho en humildad y temor de Dios. Una de las mas fuertes y eficaces consideraciones que podemos traer para andar siempre humillados y confundidos, es la consideracion de los pecados y el dolor y el sentimiento de ellos. Quien ofendió á su Criador y Señor, y merecia estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué desprecios, no recibirá de buena voluntad en recompensa y satisfaccion de las ofensas que ha cometido contra la Magestad de Dios? Lo segundo, es este un ejercicio que asegura mucho del perdon. Una de las cosas que mas satisfaccion puede dar á uno de que le ha Dios ya perdonado sus pecados, es haberse dolido y arrepentido mucho de ellos: si vos traéis delante de los ojos vuestros pecados, doliéndoos y confundiéndoos de ellos, no los mirará Dios, sino olvidarlos há. Por eso se acordaban tanto los Santos de sus pecados, y los traian siempre delante de sus ojos. "Porque yo conozco mi maldad, y siempre traigo á la vista mi pecado," decia el Profeta (1), para que Dios los olvidase y apartase sus ojos de ellos (2). Y asi lo nota San Gerónimo, sobre estas palabras, diciendo: «Si tú pones tu pecado delante de tí, Dios no lo pondrá delante de sí (3).» No hay cosa que asi haga apartar á Dios los ojos de nuestros pecados, como mirarlos nosotros y confundirnos y avergonzarnos de ellos. Y asi, esa es una de las cosas que mas nos asegurará y mas contento nos dará á la hora de la muerte, y por eso es menester tenerlo

(1) Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper; id est, coram me. Ps. L, 5.

(2) Averte faciem tuam a peccatis meis, et omnes iniquitates meas dele. Ibid. 11.

(3) Quia si tu ponis illud ante te, Deus illud non ponit ante se. Hieron.

prevenido de atrás. Lo tercero, no solamente es remedio este para los pecados pasados, sino es una medicina muy preservativa para no caer de ahí adelante en pecado; porque el que anda continuamente confundiendo y doliéndose de haber ofendido á Dios, muy lejos está de pecar de nuevo. Lo cuarto, es gran remedio para poder consolar y asegurar á uno que no consintió en las tentaciones y escrúpulos de que es molestado; porque el que se anda ejercitando en actos de contricion, aborreciendo mucho el pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida antes de hacer un pecado mortal, seguro puede estar que no consintió en las tentaciones y escrúpulos que le vienen, porque no consiente uno tan fácilmente en lo que tanto aborrece. Y mas: el andar en este ejercicio, es andar en un ejercicio de amor de Dios; porque la verdadera contricion nace de amor de Dios, por haber ofendido á un Señor tan bueno y tan digno de ser amado y servido. Y asi, cuanto uno mas conoce y ama á Dios, tanto mas le pesa de haberle ofendido.

Del glorioso Apóstol San Pedro cuenta San Clemente (1), que acordándose que habia negado á Cristo, lloraba tanto que las lágrimas le quemaban el rostro y tenian hechas canales en sus mejillas. Y dice que al primer canto del gallo se levantaba cada noche á oracion y no dormia mas en toda la noche, y que por toda su vida guardó esta costumbre. Pues eso es lo que nosotros habemos de imitar. Y uno de los mas provechosos ejercicios que uno puede tener en la oracion y fuera de ella, es ejercitarse en actos de contricion, aborreciendo mucho el pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida, y mil vidas, antes que hacer un pecado mortal, y pidiendo con mucha instancia al Señor que antes le lleve

(1) Clemens, lib. 2 Recognitionum.

que tal permita. «No permitais, Señor, que me aparte jamás de vos (1).» ¿Para qué quiero yo, Señor, la vida, sino para servirlos? Si no os tengo de servir, no la quiero: llevadme, Señor, antes que os ofenda.

CAPITULO V.

Del afecto de amor de Dios.

El tercero afecto en que nos habemos de ejercitar y sacar de la meditacion de los misterios de la Pasion, es amor de Dios. No hay cosa que mas mueva á uno á amar que verse amado; ni hay grillos, ni cadenas que asi le aten de pies y manos. Pues considerando el alma y ponderando muy de espacio y con atencion el sumo amor de Cristo, que aqui tanto resplandece, háse de ir inflamando y encendiendo en amor de quien tanto amó. Dice el Apóstol y Evangelista San Juan: «En esto se manifestó el amor grande de Dios para con nosotros, que envió á su Unigénito Hijo al mundo para que por él vivamos (2).» Y el Evangelista San Lucas, por ser tan grande este amor, le llama esceso de amor. Cuando se transfiguró el Señor delante de sus tres discípulos, dice (3) que aparecieron allí Elías y Moisés, y que hablaban del esceso que habia de cumplir en Jerusalem, que era de su Pasion y Muerte. Con mucha razon le llamó esceso de amor, lo uno, porque murió por sus eneinigos. Grande amor es el que llega á dar la vida por los amigos; tanto, que dice el Salvador del mundo que es el

mayor amor que uno les puede mostrar (4). Pues á mas que eso llegó el amor del Hijo de Dios, porque llegó á darla por sus enemigos. Y asi dice el Apóstol San Pablo, que en esto nos descubrió Dios mucho su amor. «Manifiesta mucho, dice (2), su caridad Dios para con nosotros, porque aun cuando todavia éramos pecadores, murió Cristo por nosotros.»

Lo segundo, llámase esceso de amor, porque una sola gota de sangre de las que derramó en su Circuncision y de su sudor en el Huerto, y la menor obra que hiciera para redimirnos, bastaba y era justísima satisfaccion, de todo rigor de justicia, por todo el mundo y por mil mundos, como dicen los Santos, porque era obra de infinito valor, por ser Dios infinito; y no se contentó con eso aquella bondad y misericordia infinita, sino que quiso dar por nosotros toda su sangre y vida. El Apóstol San Pablo le llama amor nimio (3), porque escede infinitamente este amor todo cuanto se puede decir y pensar. El Profeta Zacarias, padre del glorioso Bautista, tratando de este beneficio, no se contentó con decir que salia de la misericordia de nuestro Dios, sino añadió que salia de las entrañas y de lo mas íntimo y retirado de ellas (4).

Pues ¿quién no amará á quien tanto le amó? Y asi dice el amado Discípulo: «Hermanos míos, amémosle nosotros á él, pues él nos amó primero á nosotros (5):» correspondamos siquiera con el retorno, y procuremos mostrarle el amor de la manera que él nos le mostró á nosotros; él nos le mostró

(1) Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joann. XV, 13.

(2) Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est. Ad Rom. V, 8.

(3) Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos. Ad Ephes. II, 4.

(4) Per viscera misericordiae Dei nostri: in quibus visitavit nos, oriens ex alto. Luc. I, 78.

(5) Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos. I. Joann. IV, 19.

(1) Ne permittas me separari a te.

(2) In hoc apparuit charitas Dei in nobis, quoniam Filium suum unigenitum misit Deus in mundum, ut vivamus per eum. I. Joann. IV, 9.

(3) Et loquebantur cum illo, et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem. Lucac IX, 30.